

Enrique Melantoni (recopilador)

# La bruja

Leyenda colombiana

Ilustrado por Omar Panosetti



Un atardecer estábamos recorriendo el Municipio de Tolima cuando vimos a la mujer. Tendría unos setenta años, mal llevados, pero todavía se la veía activa. Estaba murmurando al oído de una muchacha muy hermosa algo que escuchamos al pasar por su lado:

“...y si ves que dejaron sobre algún mueble una camisa con una manga dada vuelta, no te le acerques. En ese estado, es probable que te quedes hasta el amanecer volviendo la prenda una y otra vez. Es un truco estúpido, pero nosotras siempre caemos...”

Nos dimos vuelta con curiosidad, pero la joven había desaparecido como por arte de magia, en medio de una calle vacía y sin tránsito. Miramos hacia todos lados. No había ni rastros de la muchacha. Desde un tejado, un gran pájaro negro levantó vuelo y se perdió de vista en el cielo ya enrojecido.

La anciana nos miraba con una sonrisa torcida en su boca, donde le quedaban muy pocos dientes.

Metió las manos en el vestido grisáceo que llevaba y sacó un mazo de cartas muy gastadas.

—¿Les interesa saber lo que hay en su futuro? —nos dijo—. Yo puedo contestar cualquier pregunta que me hagan. También leo en la ceniza del tabaco —añadió, señalando mi cigarro.

Mi esposa quiso alejarse lo más rápido posible, pero yo estaba muy intrigado, y le pedí que pusiéramos a prueba las dotes de la mujer. La acompañamos al interior de su casa, donde nos llevó un largo rato acostumbrarnos a la mezcla de olores que impregnaba el ambiente. Parecía una habitación austera y limpia, pero de las vigas del techo colgaban innumerables atados de hierbas de todo tipo, algunas delicadamente perfumadas y otras que despedían un olor terrible.

La mujer nos llevó hasta una mesa pequeña y nos señaló unas sillas de madera con el asiento tejido.

No sabíamos qué decir, pero ella habló por nosotros mientras barajaba.

—Son muchos los que vienen a que les tire las cartas o les arregle algún “asuntito” —decía—. Antes, cuando a un muchacho le gustaba una mujer, peleaba por ese amor con todas sus fuerzas. Hoy, vienen a mi casa a comprar un filtro, y se lo echan en la Coca Cola a la primera oportunidad.

Se levantó para ir a buscar algo, y cuando volvía hizo un gesto con los brazos. Por un segundo pareció un pájaro de mal agüero, desplumado y viejo, pero al ver cómo la mirábamos se rió.

—No se preocupen. Ya estoy muy vieja para levantar vuelo...

—No le entiendo —dijo mi esposa, más dispuesta a salir de aquel lugar que a esperar una respuesta.

La mujer volvió a sentarse. Había traído unas botellitas y potes para enseñarnos, pero los dejó sobre la mesa mientras contestaba.

—Yo fui una bruja. De las buenas, ¿eh? Cuando era jovencita, bastaba que saliera a dar un paseo para que los hombres se olvidaran de lo

que estaban haciendo y se quedarán embobados mirándome. Así de linda era. Pero a la medianoche me reunía con las otras brujas de la región, todas tan hermosas como yo, en el peñón que está a la salida del pueblo. Allí nos convertíamos en aves negras y volábamos, cada una por su lado, a buscar a quién chuparle la sangre. De eso vivíamos... Pregunten en la calle. Seguro que no tardarán mucho en encontrar alguna persona a quien le hayamos sacado un sorbo. Nunca matamos a nadie, y la mayoría de las veces ni siquiera se enteran. Algunos hasta están orgullosos. “Aquí en Tolima Grande, tenemos muchas brujas...”, les dirán. “Una noche de verano, me despertó un ruido en la habitación. Un pájaro grande y negro se había metido en la casa atravesando el techo de paja, y cuando me di cuenta se había posado sobre mi hijo y le estaba chupando la sangre...”

«Algunos conocen la manera de salvarse: “La vi parada en las vigas y esperé. Esa tarde habíamos puesto por toda la habitación granitos de mostaza. A las brujas les encanta y no pueden evitar picotearlos hasta comerse el último. Pusimos tantos, que la madrugada la sorprendió en esa tarea y tuvo que irse sin atacar a nadie...”

«Otros tratan de atraparnos... “Cuando escuché un aleteo encima de la casa, grité: sábado, día de la virgen, vení mañana por sal. Así evitamos que entrara, pero ella no pudo evitar venir al día siguiente a pedir sal. Entonces supimos quién era la bruja...”

La mujer se quedó un momento callada, y yo aproveché para preguntar algo.

—También se las puede engañar con la ropa, ¿no? —aventuré.

—Eso es lo que trataba de enseñarle a una de mis alumnas, allá afuera. Cuando una es pájaro, no piensa como persona. No razona. Sólo busca sangre para calmar la sed. Si usted sospecha que una bruja se le va a meter en la casa, puede darle vuelta una manga a una camisa y tirarla sobre la viga. Así, cuando la bruja entra y ve eso, no puede evitar darle vuelta las dos mangas para arreglarla, con el resultado de que entonces es la otra manga la que queda del revés. Entonces vuelve a hacerlo una vez y otra vez, siempre con el mismo

resultado, hasta que el sol la obliga a regresar a su casa, porque no se puede ser ave a pleno día...

—¿Cómo! ¿Tiene alumnas? —preguntó mi esposa.

— ¡Pues claro! ¿Dónde aprenderían si no el oficio de tirar las cartas, leer las manos, la ceniza...?

Señaló los frasquitos alineados en la mesa.

—¿No necesitan un filtro de amor, un elixir para alargar la juventud, un venenito para dañar a alguien que odian?

—No. Gracias —le contesté—. Ya tenemos que volver al hotel a preparar las valijas, porque mañana seguimos viaje. Gracias por su tiempo.

Le dejé un billete sobre la mesa y estábamos por salir a la calle, cuando la vimos murmurar y agitar los brazos. Intentaba convertirse en ave. Quizás deseaba atacarnos y alimentarse. Al cabo de unos segundos, mientras la mirábamos, dejó caer los brazos a los costados con desaliento, se guardó el billete y nos confesó, haciendo puchero:

—Ya estoy vieja. Por mucho que quiera, no puedo convertirme más...

Mi mujer suspiró aliviada.

Volvimos al hotel y después de cenar subimos a preparar las valijas.

Ya estábamos por acostarnos, cuando le pregunté qué opinaba de la bruja vieja.

—Una mentirosa —me dijo—. Con ese cuento debe vender cualquier porquería a los turistas y a la gente crédula o supersticiosa. No pensemos más en ella. Igual, mañana nos vamos y quién sabe si regresaremos alguna vez...

—¿Y no te preocupa que pueda entrar una bruja esta noche mientras dormimos?

—¿Por qué iba a preocuparme algo tan fantasioso?

—Digo, porque te vi darle vuelta una manga al vestido antes de dejarlo sobre la silla... Seguro que esperás distraerla con eso.

Mi mujer ya había cerrado los ojos, pero antes de dormirse completamente sonrió.

—Muy observador. Pero no tenemos que hacernos ilusiones. Es

imposible que esta noche entre una bruja convertida en ave a chuparnos la sangre.

—¿Por qué?

—Porque primero tendría que comerse el frasco entero de mostaza que desparramaste en el balcón...



